

# DIFÍCIL MOMENTO PARA LOS EMPRESARIOS

**E**N una conferencia pronunciada en Madrid, don José María Ruiz Gallardón calificó de gravísimo el actual momento que vive España. En efecto, los problemas se multiplican, las dificultades crecen, aumentan los conflictos y las tensiones. Hay una evidente inquietud política, la Universidad vive horas difíciles, la crisis económica empieza a llegar a todos los estamentos, los conflictos laborales proliferan por doquier, la subversión se muestra solapadamente, pero activa.

A una de estas facetas de la conflictiva hora española vamos a referirnos hoy en esta columna editorial: a la de las tensiones y los paros laborales y sus repercusiones en el mundo empresarial.

Cada día son más las huelgas que se producen en el mundo del trabajo. A las zonas típicamente conflictivas se unen otras, y así los periódicos se pueblan de despachos anunciando paros, ceses de trabajos, amenazas de conflictos, huelgas... cuando no hechos violentos y ataques personales a quienes llevan los mandos de las empresas. A la crisis latente, que se manifiesta en muchas ramas de la producción, se une la diversa gama de situaciones conflictivas, bastantes de las cuales resultan totalmente injustificadas. La huelga es ilegal, pero la huelga existe.

Las primeras víctimas de todos estos desórdenes y embrollos son los empresarios, que no sólo ven cómo nadie agradece su esfuerzo —que ha creado riqueza y bienestar a raudales—, sino que tienen que enfrentarse con la crisis general que pesa sobre la industria y, además, con las amenazas, los paros, las reclamaciones injustificadas, las actitudes destempladas, cuando no insultantes.

No se ha hecho justicia al empresario español, que tras arriesgar su dinero, quemar muchas horas de trabajo, poner su iniciativa, su empuje, su capacidad en suma al servicio de la comunidad, ha visto siempre cómo se le juzgaba, cómo se le trataba, cual si fuese un hombre sin escrúpulos cuya actividad estaba guiada únicamente por un inmoderado afán de riquezas. ¡Qué juicio más equivocado, qué opinión más errónea!

El empresario, que ha trabajado en este ambiente, que en el mejor de los casos se ha visto rodeado de la incomprensión, ha sido un creador de riqueza, de puestos de trabajo, un hombre que habrá buscado, ¡cómo no!, el beneficio personal, pero que ha hecho partícipes de la riqueza a muchos hombres que sin la responsabilidad de él, sin el cúmulo de quebraderos de cabeza que sobre él se ciernen, han disfrutado de favorables situaciones creadas y promocionadas por quien ahora es objeto de ataques y represalias.

En el prólogo que escribió Herrero Nieto al libro de Andrés Travesí titulado «La empresa española», se decía lo siguiente: «El hombre de empresa vive en un permanente conflicto, pues la conservación y desarrollo de la empresa no es otra cosa que una lucha entre las fuerzas que pudiéramos llamar internas, que intentan conseguir una situación estable, y el siempre mudable medio ambiente que exige nuevas adaptaciones, nuevas reorganizaciones y nuevos cambios.»

A las tradicionales dificultades empresariales se unen en estos momentos otras, por lo que nada tiene de particular que el desaliento ronde a muchos capitanes de empresa que piensan que más fácil, más cómodo y más seguro es tirar la esponja, abandonar la lucha, ceder los mandos a otras manos que sean las que gobiernen la nave. A esos queremos dirigirnos en esta hora difícil. ¡Que el desánimo no se apodere de ellos, pues la prosperidad y el empuje de una nación dependen de la prosperidad y del empuje de sus empresarios!

La frase no es nuestra, sino de un hombre que conoce como pocos la realidad económica y que como empresario ha trabajado durante medio siglo fundando empresas, creando puestos de trabajo y riqueza, en suma: don José María Aguirre Gonzalo. En el discurso que pronunció hace unos días en la Junta General del Banco Guipuzcoano, el señor Aguirre Gonzalo puso el dedo en la llaga al hablar de la situación actual de los empresarios. «Ha habido empresarios que han abandonado la partida, que han cambiado su residencia y quienes han limitado la expansión —dijo—. Hay empresarios que se sienten abandonados, y que no comprenden cómo otros no hacen, o no hacemos, lo mismo. Otros estamos como yo, a pesar de mis muchos años, deseando crear, trabajar, producir, servir a los demás, en una palabra, porque entiendo que la vida no vale la pena de ser vivida si no se está al servicio de los demás, si no se hace que por el trabajo de uno puedan vivir mejor otros muchos.»

Y éste es el papel del empresario: crear riqueza y que ésta llegue a todos. La prosperidad que Guipúzcoa ha alcanzado en los últimos años se debe en una gran parte a sus empresarios, a sus iniciativas, a su trabajo, a su dinamismo, a su afán de llegar más allá todavía. Muchos no lo comprenden. Otros les atacan. Y en esta hora en que los conflictos se multiplican, el empresario se siente solo, abandonado, desprotegido. ¿Qué va a ser de nuestro porvenir si esta raza empresarial falla, si cunde el desaliento entre ellos?

Hagamos justicia a estos hombres sobre cuyos hombros pesa en una buena parte la responsabilidad económica de nuestros días. La sociedad debe protegerlos y evitar que voluntariamente se les pongan más espinas en su camino que no es, precisamente, camino de rosas.